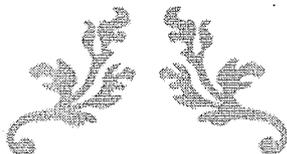


AYTO. DE VÍCAR (Almería)
Centro Municipal de Información a la Mujer
REGISTRO DE ENTRADA
Núm.: 003.RC
Fecha: 22/02/19



LA PARTITURA

TORREÑO



Casa de la familia Leibowitz, Berlín, primavera de 1931.

-Creo que esto ya lo hemos discutido muchas veces, Sarah. Jovencita, en esta casa las mujeres no se dedican a la música, sino a su familia. No entiendo que insistas tanto en continuar con las clases de piano cuando en un par de años tendrás que buscarte un pretendiente para formar tu propia familia, como ya lo ha hecho tu hermana Isabela.

-Eso también puedo hacerlo, padre; cada cosa a su tiempo.

-¿Y para qué andar perdiendo el tiempo con clases y ensayos cuando lo que tienes que hacer es no despegarte del lado de tu madre? Las niñas tienen que prepararse para ser mujeres. Porque si no sabes cocinar un brisket o un cholent, ni planchar una camisa o coser un botón, los hombres no se acercarán ti, ni aunque seas una virtuosa del piano. Además, el día de mañana tus hijos acapararán todo tu tiempo, y todo el esfuerzo que ahora derroches entre partituras y ejercicios será en vano. Porque nadie va a contratar a una pianista casada y con hijos; ni para amenizar una fiesta privada. Con lo que ya sabes, bastante tienes para deleitarnos durante las reuniones familiares, y con tu dulce voz en el futuro disfrutarás cantándole nanas a tus hijos, que no creo que haya nada más bonito para una mujer que cantarles una dulce nana a sus hijos.

**Campo de concentración de Ravensbrück,
40 km al norte de Berlín, invierno de 1944.**

La música, que a través de los numerosos altavoces irrumpe fulminante y se extiende a todo volumen por el recinto, desencadena de manera súbita el temblor de las prisioneras. No son las bajas temperaturas, sino el terror el que hace castañear los dientes, sentir escalofríos por todo el cuerpo. Saben que, en apenas unos minutos, las chimeneas se convertirán en vomitorios de fuego, que las cenizas que escupan por las bocas inventarán una nevisca de exterminio. Una mortaja de negritud caerá enlentecida, cubriendo los tejados de los barracones del campo de concentración y enlutando el ánimo de quienes en ellos aguardan su turno para toparse con la muerte. Ese es el programa de mano de Ravensbrück.

El frío que procuran el miedo y la tristeza forma adarves en los huesos de las prisioneras que, compungidas, ven desfilar a decenas de compañeras al son de maravillosas óperas que nacieron para ser representadas y disfrutadas con deleite en los mejores escenarios del mundo, y cuyas tonadas ahora retumban en sus cabezas como un réquiem de aflicción. Llorosas, abrazadas unas a otras o tomadas de la mano, forman un convoy de pesadumbre integrado por mujeres que caminan cabizbajas, arrastrando los pies por la carga acumulada de desesperación y sufrimiento, sus espíritus zaheridos de manera fatal. Son acechadas de cerca por bandadas de cuervos que, atraídos por el hedor de la carne quemada, se posan sobre las alambradas de espinos. Pastores alemanes y dóbermans, formando una reata de perros rabiosos, las hostigan con sus fieros ladridos, dejando ver sus potentes y afiladas dentaduras, sus belfos chorreantes de babas y espumarajos. Las centinelas más condescendientes se conforman con vociferar a las reclusas para que

mantengan el orden y aligeren el paso; otras las golpean de manera indiscriminada y cruel, sin razón alguna, simplemente para infligir daño y humillación.

Gritos autoritarios. Ladridos feroces. Música que por ser ensordecedora pierde su belleza y armonía, convirtiéndose en un aria de infamia. Ruido abrumador. Pero las internas que caminan hacia la cámara de gas solo escuchan el latido acelerado de sus corazones. Y miran atrás. Porque saben que lo que dejan a sus espaldas, aun siendo un tormento, es mejor que lo que les espera por delante. Sollozos y lamentos ahogados.

Sarah Leibowitz se tapa las orejas con las manos. No soporta oír esa música, ni siquiera la de Wagner, su compositor predilecto, que suena de manera estridente cuando van a gasear a las mujeres judías cautivas en el campo de exterminio. Con cada nota vierte una lágrima. No concibe que una música tan bella resuene como un mal presagio en esa heredad de infamia e impunidad rodeada por una alambrada de espinos electrificada.

Una vez cesa la actividad en los hornos crematorios, el silencio se hace abrumador. Las internas continúan con las labores encomendadas, vigiladas de cerca por las guardianas, a las que no se atreven a mirar a los ojos; se limitan a cumplir las órdenes que reciben, la mirada esquiva y humillada. Sarah trabaja como sirvienta en la residencia de un jefe de alto rango. Está sola en la casa, pero se mueve atemorizada, como si intuyese que desde cada rincón la espía la sombra del oficial, quien se comporta como un carnicero sin escrúpulos. Nunca logra dominar los nervios, su miedo desbocado, por más que sabe que el coronel de las SS jamás regresa hasta bien entrada la tarde. Sin saber por qué, hoy no

ha podido evitar acercarse al piano que suele tocar el oficial al que sirve como una esclava. Después de varios años sin poner sus manos sobre un teclado, ha levantado la tapa de manera impulsiva. Toma una partitura del montón que hay sobre una mesita. Comienza a teclear, al principio con prudencia, para luego dejarse llevar por la pasión.

Sarah no se ha percatado de que mientras interpreta La Fantasía para Piano, de Richard Wagner, a sus espaldas, oculto entre las sombras del pasillo, la observa el oficial alemán, quien ha regresado de manera imprevista. Disfruta el coronel de la pieza interpretada por Sarah. Cuando la joven toca la última nota, a Sarah se le hiela la sangre. Porque escucha las palmas del oficial; rotundas, lentas, acompasadas, como si su ritmo fuese marcado por un metrónomo. Sin decir palabra, el hombre se acerca a Sarah, como un felino a su presa. Pero lejos de atacarla, toma las manos de la joven entre las suyas. Las coloca con delicadeza sobre las teclas del piano. Baña su heladora mirada en la negrura de los ojos de Sarah. Le sonrío. Mas Sarah teme lo peor. Y está en lo cierto. Porque el oficial no va a tolerar que una mujer, <<¡¡que una perra judía!!>>, toque *su* piano mejor que él. Podría matarla allí mismo, dominado como está por la ira. Pero lejos de agarrar su pistola y descerrajarle un tiro, decide condenarla a vivir sin que pueda volver a tocar un piano. Toma la partitura y la coloca sobre las manos de la mujer, como si las estuviese amortajando. Súbito, baja la tapa con fuerza, una y otra vez, destrozando los ágiles dedos de Sarah.

Sarah quisiera que el dolor infame que siente no fuese más que una pesadilla; despertar de ella, y volver a ser la niña feliz que un día fue, cuando soñaba con dar la vuelta al mundo siendo una concertista de piano reconocida...